



ADMIRABLE HISTORIA del Rey Casimiro de Irlanda, de la Princesa Enriqueta su hija, y los dos Principes sus pretendientes.



PRIMERA PARTE,

Ha del supremo palacio,
 donde con luces perenes
 y con lucidos ardores
 al sol nacimiento ofrecen;
 ha del anchuroso espacio,
 donde sus luces ardientes,
 dando al orbe claridades,
 dan vigor à los vivientes:
 ha en fin del terrestre globo,
 à quien la esfera celeste
 con tachonados diamantes
 hace pavellon luciente:
 oid el mayor prodigio,
 la historia mas eminente,

que con su trompa dorada
 la fama en ecos previene;
 y así, voy à dar principio,
 mi voz silencio previene.
 En el horocospo infausto,
 en los años mas cruces,
 quando indignados los cielos
 por nuestras culpas rebeldes,
 y en fin, por la que Rodrigo
 cometiò atrevidamente,
 permitió que el Agareno
 à nuestra España la infeste,
 poblando de medias lunas
 las ciudades eminentes:

en

en aqueste infeliz tiempo,
reynaba gloriosamente
en la poderosa Isla
que mas la fama engrandece,
Irlanda en fin, cuyo nombre
es su alabanza iuciente,
el mas poderoso rey
que los anales contienen,
Casimiro, tronco excelso
de los Batorios valientes.
En aqueste tiempo mismo
residian igualmente
en aquesta misma corte
dos principes excelentes,
iguales en la nobleza
y en estados diferentes:
uno era el gran Sigismundo,
que de Moncada laureles
por Conde de Barcelona
coronan sus nobles sienes;
el otro era Don Enrico
Esforcia, tronco luciente,
que por Duque de Milán
le aclaman gloriosamente.
Estos dos principes grandes
le asistian comunmente
al grande rey Casimiro
en sus despachos prudentes.
Tenia el rey una hija,
que es de la hermosura Fenix,
única dueña y señora
de quanto Irlanda contiene,
con que de toda la Europa
muchos principes pretenden
de Enriqueta la hermosura,
que es el nombre que ella tiene;
mas vulgarmente la llaman,
mirando sus esquivaces.
la hermosa Dafne de Irlanda,
pues tan esquivo se ofrece

à embaxadas y retratos
y à los consejos prudentes
del grande rey Casimiro,
cuya prudencia lo siente.
Sigismundo y Don Enrico
ámbos iguales padecen,
pretendiendo cada uno
triunfar de sus esquivaces.
En fin, con las persuasiones
y rendimientos corteses
del español Sigismundo
se derritió aquella nieve,
que en el pecho de Enriqueta
tan constante se mantiene,
y una vez ya derretida,
prendió la llama en lo débil:
prendóse en fin de su gala,
y el rapáz Cupido ardiente
mirando al blanco, le tira
una flecha de tal suerte,
que el que era cristal elado
se ve mongibélo arderse.
El Duque Enrico à este tiempo
padecia mil desdenes,
y como los despreciados
buscan soledades siempre,
del palacio en los jardines
estaba entre unos laureles
su desgracia lamentando,
quando al mismo tiempo vienen
la Princesa y Sigismundo,
y recatandose, advierte
que la Princesa le dice
al Conde de aquesta suerte:
ya Conde mio, has triunfado
de mis nobles altiveces,
y así rendida à tu gala
no avrá cosa que no intente;
para esta noche te aguardo
al pie de una hermosa fuente.

Se

Se despide el Conde ufano,
fuese la Princesa alegre,
salió el Duque del retiro,
considerando en su mente,
cómo pudiera lograr
lo que la ocasion le ofrece;
y ea fin trazó allá en su idéa
lo que diré brevemente.
Fue al noble rey Casimiro,
y le dice de esta suerte:
alto y poderoso Rey,
haz lo que mi voz te adviertes;
á Sigismundo Moncada
al punto esta noche prende,
que conviene á tu corona,
y al Conde tambien conviene.
Admirado quedó el Rey;
pero no obstante prudente
al capitan de la guardia
mandó que en secreto fuese,
y que dentro de su quarto
al Conde heroyco prendiese.
Executóse al instante,
y el Duque á este tiempo fuese,
y apenas tendió Latona
sus obscuras lobreguezes,
baxó al jardin la Princesa,
esperando que viniese
el dueño que su alma adora,
y de esperar impaciente,
como ignoraba la causa,
se congoxa tristemente.
Pues en este tiempo el Duque
traydora y fingidamente
entró en el jardin, mostrando
ser el Conde, y brevemente
engañada la Princesa
en sus gozos y deleytes,
en el jrdin de las flores
gozó el Duque la mas fertil.

Y apenas el alva hermosa
dió noticia de que viene
el sol con sus claros rayos,
se despidieron correes
aquella inocente rosa
y aquel Sinon mas aleve;
y al despedirse le dice
la Princesa de esta suerte:
ya, Conde mio y señor,
que dueño del alma eres,
este diamante confirme
nuestro amor eternamente;
dióle un anillo costoso,
que el Duque guardó imprudente.
Salió Febo con sus rayos,
desterrando los tapetes
de las sombras de Latona,
y el Rey cuidadoso siempre,
mandó que llamen al Duque,
el qual luego al punto viene,
y le pregunta la causa
de que al Conde le prendiesen.
El le dixo, que sabia
cierto indubitavelmente,
que el Conde avia aplazado
un desafio, y que este
avia sido el motivo
de decir que le prendiese,
y que ya su Magestad
podia dar libremente
libertad, pues su cuidado
todo ajustado lo tiene.
Al instante mandó el Rey,
que al Conde libertad diesen,
el qual estaba confuso,
y mas que todo impaciente,
de ver que avia perdido
la ocasion que amor le ofrece.
Vino á palacio, y el Rey
le recibió atentamente;

declarándole la causa
de su prision imprudente.
A este tiempo la Princesa
salió cuidadosa à verle,
y à solas le dice: dueño
de mi alma, di qué tienes,
que parece que tu rostro
muestras de pesar contiene?
Ya pues que anoche logramos
nuestros cariños ardientes,
no eclipses con tu tristeza
los rayos que el alma adquiere.
El la responde: señora,
qué dices, que no te entiende
mi cuidado? di, qué noche
ò qué camino previenes?
Asustada la Princesa
le dice: traydor aleve,
pues ya tan presto te olvidas
de la obligacion que tienes?
examinarás mis furias,
como ingrato è insolente.
Fuese afrentada y corrida,
y el Conde quedó de suerte,
sin saber lo que le pasa,
que en confusiones parece,
no sabe qué medio dar;
pero en efecto resuelve
el retirarse à su Estado,

donde marchó brevemente,
sin que el Rey, por mas que hizo
esta partida impidiese.
El Duque à este mismo tiempo
pidiendo licencia, fuese
à Milán, donde le dexo,
por contar lo que sucede
al Conde, que à Barcelona
llegó, donde de su plebe,
de nobles y de señores
fue recibido igualmente;
y dentro de pocos dias
trató sus bodas alegre
con la hija del Almirante,
encanto de los vivientes,
cuyo nombre era Rosaura,
y en paz gustosa y alegre
vivió cerca de ocho años
de himenéo en lazo fuerte.
Tuvo de esta dulce union
un hijo, que me parece,
que Adonis pintó lo bello,
con que sus amores crecen.
Dexemos esta union dulce
entre cariños fervientes,
y en otra segunda parte
el Poeta dar pretende
nuevas de toda la historia
al auditorio prudente.

F I N.



SEGUNDA PARTE, EN LA QUE SE PROSIGUE

la historia del Rey Casimiro de Irlanda, la Princesa Enriqueta su hija, y los dos Príncipes sus pretendientes.

Pues prometí à mi auditorio, que en esta segunda parte remataria la historia, atencion, pues que ya saben, que dexé casado al Conde de Barcelona arrogante Sigismundo con Rosaura, que era hija del Almirante, teniendo tambien gustosos un hermosísimo infante, cuyo nombre es Filisberto, siendo en hermosura un Angel. Dexémoslos entre dichas gozando felicidades, y vamos à Irlanda, donde de su Princesa tan grande era el dolor y la pena, que no bastan à aliviarle ni músicas ni festines, saráos, toros ni bayles, antes se aumentan sus penas, al paso que la persuaden; y de su engaño llevada, contra el Conde tanto esparce sus iras, que busca modos con que pudiese vengarse. Fingió en efecto una carta del Rey de Irlanda su padre, en que al Conde le decia, que à su reyno luego pase, que ha menester su persona para una consulta grande. El Conde recibe el pliego, y luego al instante hace prevenciones muy costosas, di-poniendo su viage. Llevó consigo à su esposa,

y al hermosísimo infante quiso llevar, y estorvólo el amor del Almirante su abuelo, no permitiendo que Filisberto se embarque, porque el corazon leal anuncia fatalidades.

Llegó en fin el Conde à Irlanda, gozoso de su viage, donde fue bien recibido del Rey y todos sus grandes, admirando de Rosaura su belleza y prendas grandes. Llévanlo en fin à palacio, donde la Princesa sale, y asi que vido à Rosaura, parece que en fuego arde, y el corazon sefocado no tuvo fuerzas bastantes para resistir la llama que dentro su pecho arde, y de un fatal accidente cayó tendida al instante. Alborotóse la corte, las señoras y los grandes: lleváronla al fin al lecho, y con medicinas grandes, con bebidas y reparos, que sábios médicos hacen, bolvió en sí; mas tan confusa, y con ansias tan mortales, que puso temor su vida à todos los circunstantes. Mandó que se fuesen todos, y que quede el Rey su padre, que à solas quiere decirle la causa de sus pesares.



A los dos los dexan solos,
y enternecido su padre
le dice: querida hija,
qué dolores te combaten?
qué pena à tu corazon
tanto aflige, que nos hace
à todos temer tu vida?
dímela, que en breve instante,
aunque sea un imposible,
vencerá mi amor constante.
Ella responde: señor,
escuchame como padre,
no me escuches como Rey,
que tu mucho amor me hace,
confiada en tu cariño,
que contigo me decláre.
El Conde, señor, el Conde
de Barcelona inconstante,
quando en Irlanda aquel tiempo
era tu segundo atlante,
con la palabra de esposo
gozó entre felicidades
mi casto honor, destuiciendo
mis pundonores reales:
huyó el traydor tanta deuda,
y ahora por mas pesares
ha buuelto à Irlanda casado:
esta pena me combate;
no siendo el Conde mi esposo,
no tienen vado mis males.
Esto dixo, y Casimiro
quedó en confusion notable;
no le responde à su hija,
sino del quarto se sale,
sin saber lo que le pasa;
pero con prudencia grande
dos ancianos consejeros
suyos llamó, y les dió parte
de su pena y su dolor,
pidiendo le aconsejasen.
Despues de varios juicios
lo que de consulta sale,

es que en su quarto al momento
al Conde le aprisionasen;
y el Rey le escriba una carta,
diciendo razones tales:
si matais, Conde, à Rosaura,
os coronareis triunfante;
si no, serán las dos vidas
de mis rigores exânen:
y pues no ignorais la causa,
aquesto que os digo baste.
Executóse lo dicho,
leyó el Conde sus pesares,
miraba à su dulce esposa
y en lágrimas se de ha ca.
Y viendo Rosaura al Conde
entre congoxas tan grandes,
le dice: dueño y señor,
qué tristezas te combaten?
qué pena pudo alterar
tu corazon de diamante?
Viendo que no le responde,
al punto el papel léase:
leyó los breves renglones,
y sin que se demudase,
le dice: dueño querido,
no entendí yo que alterase
vuestro altivo corazon
cosa que tan poco vale.
No digo yo aquesta vida;
pero porque os coronasen,
dos mil vidas que tuviera,
las diera luego al instante.
É hincándose de rodillas,
le dice: qué aguardas? pase
esa espada aqueste pecho,
y vive en felicidades;
goce la Princesa hermosa
vuestros cariños afables.
Ay Elisberto del alma,
quién bastará à consolarte!
en el corazon te llevo.
Y estando en aqueste lance,
lle-

llegó la guardia del Rey,
con orden de que llevasen
à Rosaura, y la vistiesen
en traje de hombre al instante,
y en una pequeña barca
à las olas la entregasen,
sin velas, timon, ni xarcia,
porque las ondas triunfassen
de aquella inocente vida:
rigor en extremo grande!
Y el Conde sobresaltado
de tan crueles azares,
con un mortal accidente
en tierra cayó al instante.
Así estuvo doce horas,
bolvió en sí, mas con tan grande
frenesí, que no bastaron
las medicinas suaves.
En fin, tenido por loco,
era irrisión por las calles
de toda la injusta plebe,
siendo su tema constantes
yo no gocé à la Princesa;
mal muera quien lo tal hace
D. xémoslo en su desdicha,
mientras que paso à dar parte
de que Rosaura en la barca,
sin temer à los combates
de las olas ni los vientos,
surca los salóbres mares.
Por disposicion divina
permitió Dios, que llegase
à unas riberas, adonde
andaba à caza arrogante
el gran Duque de Milán,
que viendo el prodigio grande,
mandó recoger la barca,
donde hallando al joven, hace,
que repare su fortuna,
y luego à la corte marchen;
y así que estuvo en la corte,
que à su presencia la traen,

la pregunta, que quién era?
de qué patria, ò de qué parte?
y con cautela Rosaura
le dice razones tales:
yo, señor, soy español
de Barcelona la grande,
mi padre era capitán
que gobernaba una nave,
à Irlanda ibamos, y en medio
de aquesos salóbres mares
se levantó una borrasca,
y entre fieros uracanes
todos perdieron las vidas,
menos yo, que las pidades
de los cielos en el bote
quisieron que me escapáse.
Y aficionado à su gracia,
le mandó que se quedase
en su servicio unos dias
por su secretario ò page.
Quedóse, y en poco tiempo
ganó su gracia constante,
tanto, que de sus secretos
era el archivo agradable.
Un dia que estaban solos
le dixo el Duque: muy grande
fu: la amistad, que en Irlanda
tuve con el Conde afable
de Barcelona, y despues
de amor un extraño lance
nuestra amistad dividió,
bien que estuvo de mi parte
la cautela y el engaño,
que aun hasta oy no se sabe.
Contéle en fin à Rosaura
con razones muy cabales,
como gozó à la Princesa
la noche que dixé antes,
fingiendo de que era el Conde,
y que le dió aquel diamante.
Alabóselo Rosaura,
y él se lo ofreció galante;

tomó Rosaura el anillo
muy gustosa en esta parte
y dentro de pocos días
fingió carta de su madre,
en que le embia à llamar:
pidió licencia al instante,
y aunque el Duque lo sintió,
no fue posible negarle.
Se embarcó: donde la dexa,
por decir que el Almirante,
teniendo la infausta nueva,
mandó prevenir sus naves,
y en fin con treinta mil hombres
à Irlanda partió à vengarse.
Temió Irlanda su poder,
y luego al punto dió parte
el Rey Casimiro al Duque
de Milán, que le ayude.
Vino el Duque, y convinieron
en que al Conde le entregasen
à Filisberto su hijo,
que es general que trae
esta poderosa armada
por orden del Almirante.
Recogen en fin al Conde,
que anda por aquellas calles
loco perdido, y le entregan,
diciendo, que él solo pague,
por ser él solo la causa
de tan crecidos pesares.
Metieron al pobre Conde
entre prisiones muy grandes:
en este tiempo Rosaura
llegó à Barcelona, y sabe
de la armada la partida,
y marchó à Irlanda al instante.
Llegó al campo de su hijo,
y una esquadra vigilante,
discurriendo que era espía,
la prendieron al instante.
Metieronla con el Conde,
y quando vido en la cárcel

entre hierros y prisiones
y entre tan grandes pesares
al dueño que su alma adora,
hechos sus ojos dos mares,
le hechó los brazos al cuello,
y se descubrió al instante.
Los guardas à Filisberto
dieron de este caso parte,
el qual vino luego al punto,
y conociendo à su madre,
entre abrazos y entre llantos
celebran sus glorias grandes.
Mandó Rosaura que al punto
al Rey de Irlanda llamasen
y al gran Duque de Milán.
porque conviene à las paces.
Vinieron el Rey y el Duque,
y ya Rosaura en su trage
descubrió toda la historia,
estando el Duque delante
y la Princesa tambien,
que conociendo el diamante,
supo de cierto el engaño;
y el Duque en todo constante,
dándole mano de esposo,
satisfizo à sus pesares.
El Conde cobró el juicio,
y entre alegrías muy grandes
fue Filisberto el padrino
de este desposorio grande.
De todos estos sucesos
dan noticia al Almirante,
el qual gustoso embió
parabienes de su parte:
y con muy ricos presentes
Rosaura y el Conde parten
con su hijo Filisberto
à Barcelona, y tan grandes
à su entrada son las fiestas,
que en los escritos no caben.
Y ahora pide el Poeta
perdon de sus yerros grandes.